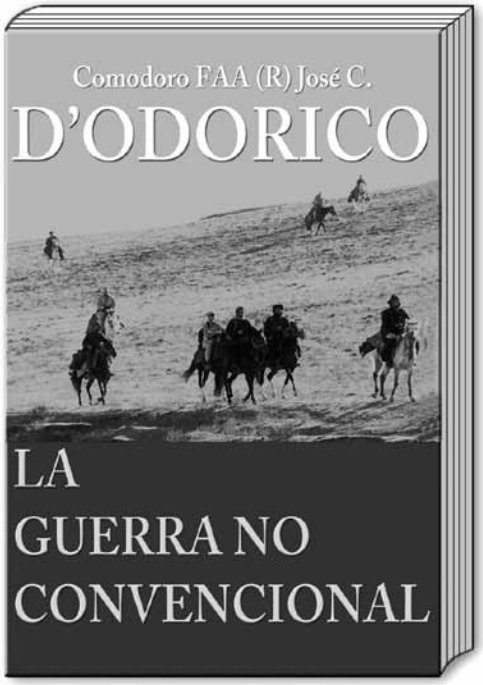
La Guerra No Convencional

CAPITULO II: La Guerra Subversiva

COMODORO FAA (R) JOSÉ C. D'ODORICO



Nota del Editor. El Capitulo II, titulado "La Guerra Subversiva", hace parte de un estudio en serie sobre la Guerra No Convencional, escrito por el Comodoro (R) José D'Odorico, cuya publicación iniciamos en la edición del Tercer Trimestre 2010 y que publicaremos en su totalidad en ediciones futuras.

Subversión, un misterio operacional

Mal se entenderá la guerra subversiva si se ignora cuál es la energía intelectual que incita su ejecución con convicción y fanatismo, aún con el sacrificio de los promotores. Si durante una guerra se suspenden o finalizan las operaciones militares y el bando que lo ha decidido considera que la interrupción es transitoria, el hecho merece algunos debates suplementarios porque está absolutamente divorciado del clasicismo bélico.

Si el agresor es vapuleado reciamente por las fuerzas nacionales, se refugia en el pensamiento leninista y continúa la guerra con medios políticos. Para una insurrección subversiva, un fracaso parcial no es terminal pero indica la conveniencia de revisar los planes. La acción política sustituye la operación paramilitar, sin cambiar el objetivo de la guerra. La crueldad de las armas es remplazada por la astucia de los activistas, la insidia, la traición, el engaño y la falsedad. Los procedimientos siguen una tónica diferente, sin que los daños causados a la comunidad sean menos graves y posiblemente más profundos.

Las organizaciones subversivas ven en las FF.AA. de un Estado a un adversario acérrimo, porque son instituciones organizadas y estables gracias a su disciplina interna. Además reciben una educación que repele el divisionismo corporativo alentado doctrinariamente por los elementos subversivos, lo cual las constituye en una entidad cohesionada y difícil de fracturar.

El marxismo-leninismo del siglo XX recurrió persistentemente a este modelo de confrontación, a la que llamó "guerra revolucionaria". Cuando a ese sector se le atribuía la gestación de este tipo de contienda, no desmentía la especie aunque era falsa. Las raíces de este fenómeno son más antiguas y son independientes de una ideología determinada. Es un método que cualquier facción puede utilizar para impulsar un proyecto subversivo,

siempre que sepa como administrarlo y el objetivo de la guerra tenga suficiente entidad.

El procedimiento operativo y el objetivo principal son dos centros de atención en esta guerra. Ambos factores usualmente se vinculan con una ideología extremista sin similitudes en una contienda tradicional y le da a la subversión un significado exclusivo. Así como en las contiendas tradicionales, el patriotismo o la defensa de la libertad ofician de elementos promotores que fundamentan el conflicto, la guerra subversiva recoge y modela la perturbación social causada por una filosofía política contestataria que actúa como excitador del estallido.

Esta consideración nos lleva a afirmar que el colapso de la URSS no ha eliminado la aparición de nuevos conflictos subversivos, hoy larvados o en progreso. Un método de hacer la guerra no deja de usarse por una derrota. Siempre habrá una ideología aventurera que quiera aprovechar este tramado operacional y militantes seducidos por las utopías, el combustible imprescindible que impulsa los idearios rebeldes.

Subvertir significa destruir moralmente, hacer que algo deje de funcionar con normalidad. Es lo contrario a lo que emana del consenso construido laboriosamente en base a criterios, acuerdos, principios y convenciones compartidos. La maquinaria subversiva funciona con comodidad dentro del campo socio-político y esa actividad es causa de desorden en la vida de una nación, su cultura, sus valores ético-morales, creencias y hasta en la interpretación de la historia.

El meollo de la subversión es la implantación de un universo cultural o cosmovisión en una comunidad, desplazando a otro que prevalecía hasta entonces. En esa experiencia, la sociedad es la intérprete natural del acto, es el medio ambiente donde se desarrolla el evento y dentro de ella están los ejecutores. Este hecho complejo surge de una decisión política que persigue la construcción de una cosmovisión diferente. El conflicto revolucionario se nutre con las contradicciones locales y posibilita que los activistas contaminen una mayor cantidad de individuos.

Al ser conflictivo este nuevo universo, hay riesgo de confrontación entre los que defienden la cultura histórica y los que quieren forzar el cambio. Incitando al pueblo, los reclutadores procuran conseguir adherentes proponiendo una doctrina prefabricada que no tolera disidencias. Con ese fin, el activista oculta o disfraza su intención real y se intercala en corrientes de opinión cercanas a los postulados que él prefiere silenciar.

Si bien el método subversivo sirve a cualquier tipo de pensamiento extremo, no todos los grupos poseen la aptitud y la organización para impulsar un proyecto de gran aliento. Estos procesos se encuadran en la categoría de la guerra prolongada y para sostener tal conflicto se necesitan recursos sustanciales durante un lapso inmedible.

La experiencia subversiva más preocupante que hoy soporta el mundo es el islamismo fundamentalista que promocionan Al Qaeda, Hamas, Jihad Islámica, Frente Popular Para la Liberación de Palestina, Frente de Liberación Moro Islámico, Grupo Islámico Armado y otros sectores menores. Esos grupos proceden de una expansión horizontal, pero no cuentan con una arquitectura estable, idoneidad operativa, doctrinas y un liderazgo centralizado. Las falencias quedan a la vista con las operaciones inconexas cumplidas.

Las movilizaciones populares

La violencia no es suficiente para modificar un universo cultural, donde los criterios objetivos (familia, patria, lengua, historia, idiosincrasia) y subjetivos (nacionalidad, región, residencia) concentran a los pobladores dentro de márgenes morales que satisfacen sus expectativas. Pero esa conformidad se resquebraja si los criterios objetivos no aceptan, desconocen o no consideran significativos a los subjetivos. En ese caso, un ciudadano puede traicionar a su patria sin sentirse culpable y en esa categoría entran activistas y guerrilleros.

Las convocatorias públicas preparadas por las organizaciones subversivas no son reuniones partidarias ordinarias de adherentes. Es una técnica para erosionar los principios culturales de la sociedad, aplicando normas de cap-

tación que despliegan numerosos militantes adiestrados por veteranos. Si la cosmovisión vigente en esa población está fuertemente arraigada y es popularmente defendida, el plan subversivo tiene escasas chances de triunfar.

Entre las técnicas utilizadas con esos propósitos, se destacan la *manipulación sicológica* y el *encuadramiento colectivo*. Con la primera, se trastorna el subconciente de las víctimas, por lo cual superan a las comúnmente usadas en la publicidad y la propaganda. Con esa acción, apuntan a dislocar la voluntad, valores y sentimientos comunes de las personas para facilitar el ingreso inmediato de las propuestas auspiciadas por los agentes, formalmente semejantes a las desplazadas, pero con un contenido muy distinto. Esta es una descripción elemental del procedimiento básico subversivo, con cuya dinámica se destruye el antiguo universo y se construye otro premoldeado.

Los principales blancos de estas técnicas son las entidades y conglomerados sociales, en tanto que los instrumentos operativos van desde la palabra, la amenaza y hasta un dosificado *terrorismo selectivo* contra los opositores más reluctantes. Cuando la resistencia a la destrucción es más acentuada, los subversivos acuden a la ayuda paramilitar y el *terrorismo sistemático*, que apuran la sumisión popular por el miedo. El empleo del terrorismo solamente se hace en casos de urgencia, especialmente cuando el *encuadramiento colectivo* no da resultados tangibles.

Cuando los ciudadanos se muestran permeables a los alegatos sediciosos, los propagandistas usan argumentos *pacifistas* sedantes para neutralizar eventuales reacciones inesperadas durante el proceso de destrucción-construcción. Ese tipo de arenga tiende a anestesiar la voluntad de quienes resisten el tratamiento subversivo. Para obtener esos efectos, los revoltosos apelan a los *idiotas útiles*[1] y *compañeros de ruta*[2] que ayudan a los activistas a realizar sus prédicas. Nunca se podrá saber con seguridad si estos colaboradores ocasionales trabajan por convicción o retribución.

Los procedimientos *destructivos* destinados a modificar la idiosincrasia pública son muy intensos, ya que se trata de cambiar la adhesión a la escala de valores de la mayoría social. Aplicando la técnica *constructiva*, la subversión brega para implantar su propuesta filosófico-política como sustituto. Este engorroso método exige una estricta disciplina ejecutiva, cuyo control es ejercido por la dirección revolucionaria.

Cada estamento social prefiere escuchar de los militantes las palabras que agradan a su intelecto, acordando con su nivel educativo. Los cuadros tampoco explican el laberinto filosófico de la nueva cosmovisión a las muchedumbres que reciben el tratamiento subversivo. Ante ese auditorio usan frases de impacto emocional, prometiendo salarios, trabajo, reformas sociales, hogares populares y sanidad, seguido de demagógicas ponderaciones de los órganos subversivos auspiciantes de tales beneficios.

Lo normal es que una gran estructura subversiva sea dirigida por un órgano colegiado que denominaré Comité Central y suele estar conducido por un ejecutivo unipersonal, el Secretario General. Dentro de la corporación, los cuadros militantes son los más informados sobre el verdadero propósito subversivo, en tanto que quienes conforman la masa de seguidores, son repetidores de afirmaciones que apenas entienden.

Singularidades de la guerra subversiva

Cuando Lenin dijo que, "la política es la continuación de la guerra por otros medios", seguramente se refería a la guerra irregular, ya que sería inconcebible suponer una contienda de este tipo sin un tejido político que le proporcione sustento intelectual. Lenin sabía que la decisión de entablar una guerra no tendría sentido sin un aval político que le dé fundamento a la confrontación. La lucha aséptica sin vertebración con un fin ultra inspirador, carece de magnetismo. No está demás recordar que la subversión se amalgama en la conciencia e induce al hombre a revertir creencias y valores. Por eso esta guerra congenia fluidamente con intereses políticos, religiosos e ideológicos.

La guerra subversiva consta de dos períodos armonizados: la captura del poder político del Estado-objetivo y el dominio de la población por convicción o la fuerza para instalar en la sociedad una cosmovisión cultural diferente a la predominante en esa nación. La subversión se expande horizontalmente, contagiando países y continentes. Este conflicto se diferencia de la guerra civil por exceder las fronteras políticas originales y por el tenor de sus objetivos. La contienda sostenida por minorías islámicas fundamentalistas, cumple los criterios exigidos a la guerra subversiva.

La subversión avanza por si misma pero también por la baja calidad de la defensa opuesta. El desenlace se supedita principalmente a la actuación del gobierno y la comunidad amenazada. El progreso de estos conflictos tiene que ver más con la firmeza de los defensores que con el empuje de los agresores. La situación pone a prueba las reglas usuales de la estrategia militar debido a la asimetría negativa planteada porque los conspiradores son más endebles que el Estado atacado. El desconcierto del hostigado, su inoperancia defensiva y la ignorancia sobre la naturaleza del riesgo, son falencias facilitadoras del presunto éxito insurreccional.

En este período, las entidades de *fachada*[3] contribuyen asiduamente con el Comité Central. Declamando una supuesta independencia de la organización sediciosa, interceden para que los revolucionarios establezcan contactos con corporaciones domésticas y del exterior, particularmente *compañeros de ruta* e *idiotas útiles* que pueden ofrecer colaboración valiosa. Este tipo de conflicto es muy peligroso, porque los primeros vestigios no son fácilmente perceptibles o son engañosos, por lo cual confunden a las instituciones oficiales y civiles sobre el lanzamiento de la contienda. Unicamente el personal experto descubre las primeras señales de la subversión.

Cuando los primeros signos de actividad rebelde se evidencian y suena una tímida alarma oficial, los primeros informes de Inteligencia suelen chocar con la indiferencia administrativa, social, mediática y hasta de la defensa. En ese momento, los descubridores del complot reciben vigorosas acusaciones de las organizaciones de *fachada* y esa es la confirmación genuina que una contienda es inminente. Cuanto más tarde comprenda un país que está en guerra, más aliviado será el planteo asimétrico negativo de la subversión.

Los grupos subversivos que tienen una reconocida aptitud revolucionaria, llevan a cabo operaciones en paralelo. Eso significa que todos los campos del poder del Estado (político, militar, económico y social) son atacados, según sean sus respectivas debilidades. Por ese motivo, la insurrección analiza la asimetría en cada campo. Los procedimientos usados por los ofensores prácticamente se repiten en todos los conflictos, puesto que los fundamentos tienen una alineación muy parecida.

Como norma general, los primeros momentos de la guerra subversiva procuran progresar con el camuflaje de un clima de paz con el fin de burlar a la ciudadanía. Si las bandas logran consistencia orgánica, empiezan un trabajo ideo-político más penetrante aunque en principio tratando de no recurrir a la violencia y velando los objetivos. Es muy raro el estallido explosivo de una contienda subversiva, al estilo de las convencionales. Generalmente parten de críticas machacantes contra las discordancias sociales para avivar la agitación interna. De no haber contradicciones, las crean artificialmente.

A pesar de las analogías, la matriz no puede ser repetida en todos los conflictos. Cada confrontación sugiere los recursos a movilizar, tomando como referencia la teoría. Los objetivos de la guerra proponen a los revolucionarios qué plantilla operacional convendrá elegir, en tanto que el Estado debe estar alerta para descubrir cuál es la decisión adoptada por sus rivales para diseñar con acierto su defensa.

Lo importante es que los insurgentes siempre tienen una meta insustituible y es someter a la "masa" popular. Ese es el botín deseado. Para la subversión, los individuos de cualquier sexo y edad constituyen la materia prima que, moldeada, hace de anfitrión de la conversión cultural. Sin seres humanos no hay acto subversivo, puesto que la destrucción-construcción de una cosmovisión solamente se gestiona en la conciencia del hombre.

Las operaciones paramilitares son aleatorias debido a la asimetría negativa que afronta el Comité Central. Para atenuar los efectos, la insurgencia procura retardar la lucha armada. Esta alternativa no excluye eventuales hechos terroristas para complementar la *manipulación sicológica*. No obstante, el Comité recurre al combate cuando es apremiado por un gobierno resuelto a aplicar la fuerza legítima a la que tiene derecho. Si el Estado atacado es militarmente débil, no es improbable que el Comité se atreva a adelantar la *ofensiva* estratégica con un ejército precario y el aporte de civiles.

Sin embargo, la trabajosa labor vinculada a la medular destrucción-construcción del método subversivo, habitualmente se dilata un tiempo indefinido encuadrado en la "guerra prolongada". La consiguiente vivencia de años de tragedia e inseguridad, incorporada a la rutina nacional, origina un fatal suplicio social. Si bien la conducción de la guerra es asumida por el Comité Central, las facciones más numerosas añaden una dirección paramilitar (Comité Militar)[4], que depende del Central.

Aunque no hay dos guerras subversivas iguales, siempre poseen rasgos que las refieren a la misma familia. El tradicional es la duración indeterminada que la cataloga como "guerra prolongada". Por lo tanto, no hay que esperar que finalicen como las contiendas convencionales. Una guerra subversiva solamente concluye cuando el grupo gestor completa la destrucción-construcción dictada por la doctrina revolucionaria. En esa ocasión, los cuadros terminan la *manipulación sicológica* que permitió conseguir el *encuadramiento colectivo* de la sociedad-objetivo, posibilitando la inserción de la cosmovisión insurreccional en la conciencia del pueblo.

La segunda opción, más ilusoria que real, es el aniquilamiento absoluto de los dirigentes y militantes rebeldes. El desastre no inhibirá el resurgimiento del evento subversivo en un futuro lejano bajo una nueva conducción. Otras alternativas imperfectas de conclusión de un ensayo insurreccional son el cese de operaciones de las fuerzas del Estado agredido o una derrota aplastante de los revolucionarios. Pero en el breviario sedicioso, la capitulación definitiva es una entelequia. Los reveses sufridos por la organización insurgente, son aceptados como transitorios y recuperables en un lapso variable. Si para eso es preciso esperar un año, diez, un siglo o más aún, dependerá de la fe y la memoria.

¿Acaso el ejemplo que ofrece el fundamentalismo islámico no se acomoda a esta presunción? ¿Cuántos siglos hace que esa cosmovisión está en guerra con los no creyentes, a pesar de sus resonantes fiascos? Suponer que la guerra subversiva tiene un final ortodoxo, es creer en una visión antinatural del conflicto. Es raro pero no imposible que el grupo levantado en armas renuncie a la lucha frontal para continuar actuando democráticamente, donde la "guerra continuará por otros medios".

El Movimiento M19 (Colombia, 1989) depuso sus armas para organizar un partido político y el Frente Farabundo Martí Para la Liberación Nacional (El Salvador, 1992) hizo otro tanto. Sin embargo, el alto el fuego, un armisticio o un convenio de paz, también son herramientas oportunistas que los rebeldes no descartan como tácticas embaucadoras. Antes de aprobar una decisión tan elogiable, el Estado debiera exigir a los supuestos conversos la garantía de un cambio sincero de objetivo.

Tampoco hay que descartar que algunos grupos, después de estériles años de combate, terminen mercantilizando sus servicios paramilitares, abandonen calladamente las ideas políticas que fueron su *leitmotiv* y se ofrezcan como fuerzas mercenarias, como hacen las FARC-ELN colombianas que actualmente trajinan una arena meramente criminal.

En el campo de la defensa, el alargamiento del conflicto y el clima de permanente inseguridad, atemorizan al pueblo y no es fácil pedirle que acompañe al gobierno, especialmente si no da muestras claras de mantener el control de la situación. En esos momentos, los revolucionarios se mezclan con la gente de las zonas urbanas, donde las retaguardias no existen. En cambio, las convulsiones diarias traban la acción oficial al dificultar la identificación de los militantes rebeldes.

En ese escenario, el hombre ordinario es domeñado utilizando elementos de la sicología y el miedo a lo desconocido, de cuyos efec-

tos no sabe como defenderse. A menudo, la operatoria revolucionaria no es detectada a tiempo por los burócratas y la defensa, pero esa actividad no tarda en evidenciarse en la vida pública con hechos tangibles. Si el gobierno recién advierte la actividad subversiva, significa que la defensa está siendo superada sin percibirlo.

La expansión horizontal de la guerra subversiva reproduce la actividad en diferentes países, vecinos o alejados entre sí. El fenómeno tiene un propósito global, pero cada grupo nacional cuenta con una conducción autóctona. Ese despliegue permite instalar refugios (llamados "santuarios") en distintos lugares geográficos, donde los sediciosos se reorganizan, descansan, atienden su salud, se abastecen y se adiestran.

Las singularidades de esta guerra explican porqué el teatro de operaciones (TO) tiene que abarcar la totalidad del territorio nacional, sin dejar espacios descubiertos. La compartimentación no es tomada en cuenta por el enemigo y frecuentemente ambas fuerzas se superponen debido a la permanente movilidad. El establecimiento de varios TOs, atentaría contra la flexibilidad de la defensa y aumentaría la necesidad de coordinación. Si bien el gobierno necesita una subdivisión administrativa del país, no hay porque enredar la organización defensiva territorial.

El Pueblo, blanco preferencial

Lenin no creía en las improvisaciones y dijo, "los pueblos no son los autores de las revoluciones, se los instruye para que las hagan". No en vano Lenin insistía en el empleo de activistas profesionales para timonear el direccionamiento de la manipulación. Ese ideólogo quería gente operando como protagonistas entrenados y controlados. También precisó que el objeto de la guerra revolucionaria no era exclusivamente el dominio de la voluntad enemiga, la derrota de sus FF.AA. y la ocupación territorial.

Dejó constancia que el hombre común, por su destino revolucionario, era el blanco preferido del levantamiento sedicioso. Así como el proceso subversivo no cuaja sin una sociedad a la cual vaciar de su idiosincrasia para imponerle una nueva cosmovisión, no se puede temer el desarrollo de esta guerra en un desierto donde no hay conciencias que trasformar. Sin la participación estelar del hombre, la guerra subversiva es una angustiante teoría.

El hombre es el intérprete de una síntesis múltiple, donde desempeña el papel de instrumento de la revuelta, su conciencia es el laboratorio de la alquimia subversiva y además es el escenario donde se hace el enroque de los universos. Durante el *encuadramiento colectivo*, los instructores asignan a cada militante un rol. Cada ser es un micro TO donde se entabla un mini enfrentamiento terminal interno, a veces con auxilio del terror. Si estas técnicas subversivas no tienen éxito en un plazo razonable, el Comité Central acrecienta los efectos recurriendo a incidentes de *terrorismo selectivo* y *sistemático*, como artilugios coactivos.

La doctrina

Dado el cúmulo de variables que intervienen en el fenómeno insurgente, simplificaré la presentación doctrinaria apelando a un ejemplo ideal de guerra y aceptando que en la realidad hay escasos ejemplos espejados. La descripción de la teoría, no obstante, será útil para hacer cualquier trabajo de análisis y comparación entre los hechos y la especulación. Por eso, el profesional de la defensa que trabaje sobre un movimiento subversivo, debe estar preparado para adecuar sus apreciaciones.

Entre la guerra revolucionaria de factura soviética (1917-1989) y la ejecutada por el extremismo islámico, hay diferencias de motivos, procedimientos y tácticas, lo cual no debe asombrar a los analistas. Lo importante es que en ambos ejemplos hay una coincidencia central sobre los objetivos de la guerra que contemplan el recambio de cosmovisiones, aunque auspicien muy diferentes contenidos. El avance del conflicto irregular contemplado por la teoría, donde los hechos incorporan sus particulares improntas en la pugna, es poco usual porque las convulsiones distorsionan los procedimientos, fases, tiempos, oposición y recursos.

En Cuba (1959-60) había un gobierno inepto y corrupto que nunca supo cual era el problema a enfrentar y eso lo llevó a oponerse incoherentemente contra las guerrillas. Fidel Castro, más que vencer a las fuerzas de Fulgencio Batista, capitalizó el colapso militar inevitable. Paralelamente, las mutuas incapacidades de los contendientes allegaron otras deformaciones a la teoría de la guerra subversiva, pero este no fue un ejemplo excepcional en el mundo.

La guerra prolongada gestada por el fundamentalismo islámico se viene arrastrando penosamente desde hace siglos, aunque pareció extinguirse en más de una ocasión: la salida de los moros de Europa (siglo VIII), después de las Cruzadas cristianas (siglo XII) y los innumerables armisticios firmados en el Medio Oriente (siglo XX). Sigue sin resolverse la hoguera que arde en Iraq-Afganistán. En esa confrontación, nunca hubo una jefatura unificada. Este enfrentamiento interminable aparece una y otra vez justificado con distintas argucias, pero a poco que se lo escrute, enseña su trasfondo religioso.

La "campaña contra el terrorismo" emprendida por la administración americana puede terminar en una frustración si no se la examina con la lente de la guerra prolongada y su estrategia sin tiempo. Si se puede hacer desaparecer a Al Qaeda y otras derivaciones horizontales, la guerra prolongada no finalizará pues la victoria de los "infieles" sería considerada otro episodio funesto pero efímero en esa lucha inacabable.

Un drástico revés del fundamentalismo reclamaría una traumática recuperación de las organizaciones insurgentes, hasta que otra generación de líderes estuviese en condiciones de reanudar el conflicto, como aconteció anteriormente. ¿O acaso la paz no es el período que separa dos guerras?, según la interpretación leninista. Por eso recomendaría que las academias militares de conducción estudiaran con mayor entusiasmo cómo la valoración tradicional del factor tiempo difiere de la concepción subversiva.

El probable éxito de la alianza occidental sería provisional y limitado al campo militar, pero la guerra no se gana solamente con las armas y menos la subversiva. Seguramente el vivero del pensamiento fundamentalista superviviría al calor de la ideología y las *madrasas*[5], como viene ocurriendo desde hace tiempo. Entonces, como una primera inferencia, dejaré asentado que las fases de una guerra subversiva no son de cumplimiento secuencial invariable. Además, las separaciones entre fases no son nítidas y suscitan no pocas disensiones en el planeamiento de la defensa.

Los facciosos se ciñen a su lógica. Si el defensor aprovecha su superioridad material sobre los rebeldes, neutralizará la ventaja representada por la iniciativa del atacante y lo forzará a rever sus planes. Veamos una muestra empírica de lo que puede suceder. Imaginemos aceite derramado (insurgentes) sobre un cristal plano. Si el líquido no encuentra un obstáculo, se extiende en todos los sentidos y más si hay desniveles (el Estado no detiene a los sediciosos). Si colocamos un cartón absorbente delante del líquido, el aceite procura rodearlo (rehuye el combate desfavorable), se detiene (espera otra oportunidad) o es absorbido (el gobierno tiene éxito).

La guerra subversiva abarca dos períodos que incluye un total de cinco fases. El primer período es denominado *clandestino* y el segundo *guerra abierta*. El progreso de las fases depende de cómo se desarrolla el conflicto. Ese dato nos informa cómo se van cumpliendo las previsiones. La calidad de la reacción del Estado se asocia con el grado de eficiencia de la defensa. Cuando los insurgentes reciben sucesivos golpes de las fuerzas oficiales, suelen refugiarse en una fase anterior para reorganizar sus filas y hacer la autocrítica de su desempeño.

Durante la clandestinidad, el Comité Central organiza el aparato rebelde y lo despliega en el país. El período abarca las dos primeras fases y probablemente, un primer momento de la tercera fase. Si la subversión progresa, operará abiertamente incorporando nuevos recursos y guerrilleros, aunque este paso no es tenido por inexorable. Si acontece, seguramente lo veremos en la segunda parte de la tercera fase.

Esta etapa es bastante confusa porque hay operaciones encubiertas y abiertas, según

sean las réplicas oficiales. La fase es irregular, pródiga en hechos violentos y hay numerosas bajas colaterales. En este período, la Inteligencia tiene un alto grado de intervención, particularmente HUMINT (Human Intelligence) que es la especialidad más solicitada.

Si la insurgencia comienza la guerra abierta, significa que ha conseguido poner en pie de combate a suficientes efectivos para desafiar a las FF.AA. y los ataques dan la sensación de ser las primeras operaciones convencionales. La incertidumbre del escenario puede motivar diferentes opiniones en la defensa, sobre todo si en los comandos no hay una clara percepción de la evolución de la contienda. Al aparato paramilitar se suman los órganos políticos y los colaboradores de *fachada*, *compañeros de ruta* e *idiotas útiles* con sus funciones habituales. De ese modo se acentúa el caos en la vida nacional.

No es descartable que los sediciosos realicen alguna ocupación territorial, pensando en la fundación de un seudo Estado dentro del Estado legítimo. Después de anunciarlo con el nombre que fuere, piden el reconocimiento internacional y siempre habrá algunos miembros de la ONU dispuestos a consentir el despojo político y jurídico.

Las fases

La primera es de una obviedad que no reclama muchas aclaraciones. En el comienzo del conflicto van a trabajar grupos de militantes, ideológica y prácticamente instruidos. El adversario es el pueblo con su habitual rutina diaria. La ambición de los insurgentes es imponer a la sociedad su pensamiento político-cultural y con ese fin desatan una guerra prolongada que se realimenta con una estrategia sin tiempo. La contienda sin terminación previsible, finalizará solamente cuando el objetivo sea una realidad.

En la fase inaugural, llamada "infiltración y despliegue", la subversión pasa por su momento de mayor flaqueza numérica y de equipamiento. El Comité Central, que controla la penetración en las organizaciones populares y oficiales, apresura el enrolamiento y se expande horizontal y verticalmente. La operación subversiva sigue encubierta para evitar que el Estado reaccione con más energía y arruine el delicado proceso de infiltración.

El crecimiento horizontal extiende la geografía contaminada, en tanto que el robustecimiento vertical infiltra insurgentes en los escalones jerárquicos públicos y privados. En esta fase, la creación de nuevas células operativas es una de las tareas sediciosas principales y cuando llegan a un número significativo, estructuran redes locales y regionales. La explotación de las contradicciones y el descontento popular son recursos habituales para atraer nuevos candidatos que, si son fieles al movimiento subversivo, integran una célula.

La duración de las fases es incierta y depende de la actitud del gobierno como de los sediciosos. Si la defensa oficial es eficiente, descubre con rapidez a los elementos insurrectos y procede con energía, sin demora y sin remilgos legales, el progreso de los planes subversivos estará comprometido seriamente. Al mismo tiempo, la respuesta del pueblo al reclutamiento ilegal también será negativa y afectará el crecimiento de las redes. En la primera fase, las entidades de *fachada* y *compañeros de ruta* se muestran activos.

El pasaje a la segunda fase no se realiza en una fecha determinada, sino cuando el objetivo intermedio indicado por el Comité Central se da por cumplido. Con ese fin, los rebeldes previamente evalúan la penetración subversiva en la administración, en los estamentos demográficos y las instituciones sociales. La segunda fase o "consolidación y desarrollo" probablemente contemple la organización del grupo paramilitar que se hará cargo de los procedimientos armados. Además, se acelera el *encuadramiento colectivo* y se fomentan las demostraciones orquestadas contra el gobierno.

Las células sediciosas amenazan a personalidades y agencias nacionales, sabotean los servicios públicos y programan campañas de desprestigio contra las fuerzas policiales y militares. Para acrecentar la inseguridad popular y el miedo, eligen objetivos oficiales y personajes prestigiosos. Los subversivos falsean alianzas con ideologías afines para formar

"frentes populares", pero terminan controlándolos para usarlos de *fachada*.

Si las organizaciones revolucionarias acceden al poder sin tener que emplear sus unidades paramilitares, se desembarazan de los aliados políticos transitorios que oficiaron de *idiotas útiles*. Así trascurrió la historia de los mencheviques, traicionados por los bolcheviques leninistas en la Revolución Rusa de febrero 1917. En un escenario semejante, la insurgencia emerge mostrando su verdadero rostro, emprendiendo "juicios populares", enviando a la cárcel a los opositores y aplicando la pena de muerte. Iosif Vissarionovich Djugashvili, más conocido por José Stalin, fue un siniestro cultor de esa praxis.

Si esa imagen se plasmara a lo largo de la segunda fase, evidentemente las tres siguientes dejarían de ser necesarias. Esta deprimente situación puede aparecer cuando la subversión simula un papel liberador en una dictadura rechazada por impopular. La llegada de Fidel Castro al poder en Cuba fue un paradigma, porque la minoría guerrillera recibió el cálido soporte inaugural del pueblo. La ocupación castrista anticipada del poder abrió paso al inframundo subversivo, pero el éxito expeditivo de la revolución no es común y exige la guerra prolongada. Si la situación diagnosticara un fracaso cercano, el mando sedicioso se protegería con un retorno a la primera fase.

Si la tercera fase o "violencia sistemática" es imprescindible, los insurgentes planean procedimientos armados con fuerzas irregulares que operaban en forma clandestina. La organización de esos grupos se realiza en las fases previas apelando a una estructura celular compartimentada con instrucción guerrillera. Los efectivos armados se emplean para formalizar la ruptura del vínculo entre la población y las autoridades, con el propósito de aislar al gobierno.

En la formación de las guerrillas se incluye la práctica del terrorismo, que requiere conocimientos técnicos y tácticos específicos. Los actos de terrorismo complican la identificación de la fase en curso. Esos ataques pueden ser lanzados desde el período *clandestino*, pero el uso desordenado de ese método criminal produce resultados contraproducentes e improductivos para los usuarios.

El suicida islámico es el testimonio de una sangría absurda, de inocentes y propia que no cambia la situación. Al mismo tiempo queda demostrado que quienes ordenan los hechos, desconocen la estudiada racionalidad de esa táctica bárbara. Si el Comité Central contase con revolucionarios profesionales, preferidos por Lenin en el siglo XX, usaría el terror con pautas teóricas menos impulsivas.

En la tercera fase sigue el reclutamiento y el *encuadramiento colectivo* para fortalecer el aparato revoltoso. En esta etapa se prioriza la organización de guerrillas como un primer paso hacia el futuro ejército convencional. El objetivo preferencial de esta fase es la creación del cuerpo militar que le permita al Comité Central poner en aprietos al gobierno legal.

Si el Estado se defiende exitosamente, la subversión estará obligada a aumentar su rama paramilitar, aunque sea con un enrolamiento de personal menos calificado. Sin embargo, guerrillas bien instruidas y abastecidas, posibilitan el desafío asimétrico negativo del Estado. La sinergia del terrorismo y las guerrillas pone a prueba la seguridad nacional. Si la defensa es frágil, la combinación insurgente tendrá graves consecuencias para el país.

Si avanza a la tercera fase, la insurgencia exterioriza que va camino a la militarización de sus efectivos y el aumento de la capacidad ofensiva. Si observa que el Estado reacciona con vacilaciones políticas en el campo militar y sus decisiones son irresolutas ante el progreso rebelde, aumentará la presión. Esa actitud estará supeditada a la capacidad logística revolucionaria y la importancia de su aparato militar. Si atacan a las FF.AA. sin recursos adecuados para una campaña prolongada, los insurgentes pronto tendrán problemas.

Para sostener ese propósito, la subversión debe montar bases logísticas en territorio dominado por las guerrillas. La habilitación de numerosas bases próximas, seguramente permitirá anunciar una "zona controlada", dando a conocer que los insurgentes van en camino hacia la cuarta fase. Lo más importante de esa etapa es la puesta en marcha de una precaria administración insurgente regional, como se-

ñal clara que los rebeldes van tratar de crear un Estado ilícito dentro del Estado legítimo. Ese objetivo es viable si la red de bases ocupadas por las guerrillas, tiene suficiente consistencia territorial para albergar el proyecto.

El anuncio mediático de una "zona liberada" certifica que la cuarta fase ya es una realidad y pone al desnudo el avance de la revuelta consolidada territorialmente. Si la superficie conquistada es dilatada y la estructura administrativa funciona en todo el sector, no extrañará que la dirigencia del seudo Estado reclame su "reconocimiento político" en foros internacionales.

El fragmento geográfico suele ser seleccionado en las proximidades de alguna frontera amiga para facilitar los contactos externos insurgentes. La conservación estable de una "zona liberada" indica que el poder paramilitar sedicioso es considerable y el resto del país está en grave peligro de caer. En esa coyuntura, las fuerzas guerrilleras estarían próximas a convertirse en un modesto aunque experimentado ejército convencional.

La expansión de la zona liberada preanuncia la quinta y última fase de la guerra subversiva, llamada "insurrección general". El desenlace de esta fase se planteará entre dos ejércitos ortodoxos, aunque no necesariamente de similares potenciales. En esos momentos hay una mayor posibilidad de confundir la subversión con un conflicto civil, puesto que las fuerzas enfrentadas son de la misma nacionalidad y combaten dentro de las fronteras políticas. La discrepancia reside en los objetivos de cada bando, los cuales tienen fines muy distintos. Inclusive las reglas de empeñamiento aplicadas por los oponentes tienen marcados contrastes.

Los estudiosos de las guerras subversivas tienen que ser especialmente precavidos para no confundirse con las infinitas variaciones que sorprenden en estos fenómenos. Las cinco fases aquí descritas con una secuencia pulcra para facilitar la comprensión, muy pocas veces se ven reproducidas en la realidad. Lo común es la contienda irregular, donde participan los componentes políticos y militares que se enfrentan con procedimientos cambiantes.

La estrategia subversiva

Ninguna guerra ofensiva o defensiva puede ser desarrollada con coherencia sin estar encuadrada en un patrón estratégico. En una disputa bélica clásica, las estrategias de los contendientes son concordadas previamente con las intenciones de cada uno (ofensiva o defensiva) y son compatibilizadas con las respectivas fortalezas y debilidades que definen las capacidades. En cambio, cuando un Estado se defiende de una facción subversiva, es conminado a replicar el plateo revolucionario. El gobierno no tiene otra opción que consentirlo con un signo opuesto naturalmente.

El ofensor querrá mantener una actitud manifiestamente agresiva, aun cuando se defiende. Es el mejor modo de beneficiarse con la iniciativa, ya que permite recurrir a las tácticas deseadas. En ese contexto, el defensor debe saber que la guerra procurará ser continuada hasta que su rival logre el objetivo subversivo y eso descarta cualquier interrupción sugerida por un fracaso indeseado. De allí la existencia de conflictos que se alargan durante décadas y hasta siglos, a la sombra de la elástica estrategia sin tiempo.

Para superar el inconveniente presentado por la asimetría de las fuerzas, Mao Zedong propuso una astuta solución, "conocer la situación del enemigo y la nuestra, descubrir las reglas que gobiernan las acciones del oponente y explotarlas en beneficio de la conducción propia". Era la interpretación actualizada de una reflexión de Sun Zi, que en su momento había expresado, "el plan militar debe basarse en el conocimiento del enemigo, de las fuerzas propias y de sus interrelaciones".

El ejercicio de la iniciativa aumenta la libertad de acción y ayuda que las fuerzas sediciosas tengan un mejor rendimiento. Los paramilitares le dan mayor importancia a la retención continuada de la iniciativa, pues facilita las operaciones asimétricas negativas. El aprovechamiento de esa chance da a los insurgentes oportunidades de configurar la superioridad local.

En las primeras fases, el fundamento estratégico tiene un definido color político y social, pues es menos riesgoso subyugar ideoló-

gicamente a las "masas populares" que atacar frontalmente a las FF.AA. estatales con recursos insuficientes. Este curso de acción no tiene paralelo en las guerras convencionales.

Durante los conflictos subversivos, por lo general la prensa revela un conocimiento deficitario sobre esa temática, pues cree que si un gobierno cae en manos del enemigo, la guerra concluirá. No advierte que recién entonces comienza la conquista más sustanciosa. En ese escenario se ubica el centro de gravedad estratégico insurgente que concentra el máximo esfuerzo de la *manipulación sicológica.* Si el proceso resulta productivo, los revoltosos pueden soslayar la campaña paramilitar que, por la índole, es un serio riesgo para su supervivencia.

Si los conspiradores consiguen someter por convicción a la comunidad, el *encuadramiento colectivo* se completa con menores tensiones, la administración es profusamente infiltrada y los activistas hasta pueden adelantar la segunda parte de la guerra sin enzarzarse en una agotadora lucha armada. En cuanto a la defensa, tiene una mínima libertad de acción para resolver el problema estratégico, ya que le es endosado por el agresor.

Mao, artífice de la guerra no convencional, dio a conocer en 1936 ciertos principios que lo llevaron a la victoria y aún siguen conservando vigencia, pero no todos los dirigentes saben explotarlos. Si el mundo occidental hubiera leído los escritos maoístas divulgados entre Diciembre 1936 y Mayo 1938, el futuro de China tal vez hubiera sido diferente. Después de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria (1927-37), Mao agrupó sus experiencias bélicas y las integró como estrategia político-militar:

1º) Apreciar correctamente la estrategia enemiga.

2º) No hacer operaciones guerrilleras con el ejército regular, sin dejar de reconocer ese origen de la fuerza.

3º) Oponerse a las campañas prolongadas y la estrategia de decisión rápida; en cambio, adoptar la estrategia de la guerra prolongada y la campaña de decisión rápida.

4º) Evitar los frentes estables y la guerra de posiciones; adecuarse a los frentes fluidos y la guerra de movimientos.

5º) Descartar las operaciones militares destinadas solamente a desbaratar las fuerzas enemigas y emprender operaciones de aniquilamiento.

6º) No golpear con los dos puños en dos direcciones simultáneas; usar solamente un puño por vez en una dirección.

7º) Organizar un servicio logístico ágil y reducido.

8º) Centralizar moderadamente el mando.

9º) No usar el ejército con fines exclusivamente militares; aprovecharlo para hacer propaganda y promocionar la revolución.

10º) Mantener una estricta disciplina política.

11º) Imponer la disciplina militar fundada en la autoridad.

12º) Ganar todos los aliados que sea posible.

Karl Marx esbozó la creación del "ejército socialista", diciendo al respecto, "es necesaria una dictadura del proletariado y la primera premisa es fundar el ejército del proletariado". León Trotsky recogió la sugerencia y la materializó en el Ejército Rojo. En adelante, las fuerzas regulares respondieron en cuerpo y alma al régimen y oficiaron de guardia pretoriana del Comité Central. Después, los ejércitos subversivos tuvieron una misión estable: derribar el gobierno legal y proteger la burocracia política revolucionaria.

La militarización del aparato revolucionario se emprende cuando el Comité Central considera que no tiene otra alternativa que arriesgarse, pero esa decisión también depende de la eficiencia de la defensa. La incorporación de componentes paramilitares crea un problema orgánico y logístico importante a los dirigentes insurgentes, y las guerrillas constituyen el primer ejemplo. Si en adelante

la situación es positiva, la composición del ejército regular es el próximo acto.

El aumento de la estructura paramilitar suma inconvenientes a la movilidad de las unidades, puesto que concede más oportunidades a la fuerza aérea oficial al ofrecerle blancos más lentos, visibles y rentables. Las formaciones que se organizan varían con la situación, las fuentes de abastecimiento y la disponibilidad de guerrilleros. No obstante, en contadas ocasiones los paramilitares llegarán a una cantidad, nivel de instrucción y equipamiento comparable a FF.AA. regulares. El Comité Militar es el encargado de resolver ese problema.

Cuando política y estratégicamente el Comité Central juzga que la militarización de los adherentes será positiva y el proceso no excederá las capacidades facciosas, el Comité Militar es autorizado a comenzarla para aumentar la potencia en las fases definitorias. En lo esencial, la militarización es una versión armada, más disciplinada y poderosa del *encuadramiento colectivo*. En ese momento, las tácticas subversivas tendrán una afinada relación de causa-efecto con los objetivos.

La organización de las unidades subversivas demanda bastante tiempo y suele iniciarse entre la segunda y tercera fase de la contienda, sumando células guerrilleras urbanas y rurales. De esa labor se deducirá un claro diagnóstico de lo que sucede en el TO. Para determinar donde operarán las guerrillas, el Comité Militar analiza donde hay más población colaboradora y se encuentran los blancos a atacar. La actividad guerrillera en un país genera un clima de zozobra que los insurgentes fomentan para dificultar la administración.

Cuando las FF.AA. operan contra las guerrillas, las organizaciones simpatizantes montan campañas de acción sicológica (PSYOPS) acusando al Estado de reprimir ilegalmente a las falsas entidades populares que se ven "obligadas" a defenderse. Las decisiones paramilitares son adoptadas por el Comité Militar con aprobación del Central. Ambos cuerpos están configurados por dirigentes política e ideológicamente irreprochables, pero nunca la confianza es absoluta y hay cruce de controles, haciendo ingresar miembros de un Comité en el otro y viceversa.

Cuando las guerrillas operan contra objetivos vitales del país entre la tercera y cuarta fase, el gobierno debe poner en acción todas las capacidades defensivas del Estado porque arriesga la independencia. Paralelamente, el gobierno tiene que pedir que el poder legislativo sancione leyes que proporcionen una protección legal sin resquicios a los servicios armados nacionales para neutralizar la malicia, arma principal de las ramas colaterales de la sedición.

Apoyándose en la iniciativa, los insurgentes ponen en marcha una *contra-campaña* para desencadenar un conflicto de baja intensidad (LIC) interno que lentamente se hará abierto. Este planeamiento del Comité Militar es anterior a la respuesta gubernamental, puesto que aprovecha la ventaja que le proporciona la iniciativa. El gobierno, por su parte, responde al agresor con una *campaña* defensiva. La finalidad de la *contra-campaña* es conquistar el poder político después de destruir la defensa nacional.

Las leyes de guerra deben concatenarse con el evento que rigen, atendiendo a los principios de oportunidad, lugar y características del conflicto. La oportunidad nos recuerda que cada etapa histórica tiene sus propias regulaciones, las cuales no son aplicables a cualquier fenómeno bélico. En cuanto al lugar, esas normas deben tomar en cuenta las particularidades que singularizan al país. Tampoco es admisible una consideración puramente mecánica del conflicto. En ese examen incide la acomodación regional de las características. Por eso los investigadores opinan que las leyes deben allanarse al curso de la historia y a las circunstancias que rodean la contienda, lo cual las convierte en dictados mutables.

Desde el comienzo de la *campaña*, las FF.AA. van a enfrentar un problema militar no convencional, típico de una guerra prolongada. La contra-insurgencia (COIN) requiere esfuerzos militares desgastadores. Además, los procedimientos que utilizarán las fuerzas especiales, quedan expuestos a la crítica desinformada de los observadores inexpertos. En esa inestabilidad, no es raro imaginar que el gobierno crea que puede alcanzar un éxito

militar definitivo. Sin embargo, tal triunfo puede revertirse con astucia y ayuda de la estrategia sin tiempo.

Si el Estado elimina la actividad guerrillera y declara concluida la *campaña* según el estilo acostumbrado en una contienda ortodoxa, es probable que un cierto tiempo después reaparezcan otras generaciones de activistas armados. Para corregir su viejo error, el Estado tendría que planear otra *campaña*. En ese supuesto, aunque ambos contendientes contaren con fuerzas numerosas, difícilmente las bandas irregulares derrotarían al ejército profesional equipado y experimentado. Esta situación justifica que la insurgencia ensaye la formación de una fuerza equiparable a la oficial para desarrollar una "guerra de movimientos", como recomendaba el líder revolucionario Mao.

La *contra-campaña* paramilitar, planeada antes de la *campaña*, teóricamente consta de una fase *defensiva* y otra *ofensiva*, ambas de duración temporal indeterminada. El esfuerzo militar más notable se observará en la fase *ofensiva* (quinta de la guerra), con la que esperan alcanzar la victoria. En la *defensiva* se organizan las formaciones clandestinas, plataforma del poder paramilitar. Sun Zi sugirió para esta oportunidad, "si el enemigo avanza, retrocedemos; si acampa, lo hostigamos; si se fatiga, lo atacamos y si se retira, lo perseguimos". Mao lo emuló con ideas semejantes, "defenderse a fin de atacar; retirarse a fin de avanzar; atacar el flanco con miras a golpear el frente y dar un rodeo a fin de seguir el camino recto".

Muy pocas veces el Estado toma la iniciativa en el momento menos favorable para los sediciosos, o sea el comienzo de la guerra. Los dirigentes políticos temen el reproche de los simpatizantes subversivos, que invierten las responsabilidades sin sonrojarse. Sin embargo, evitan acorralar excesivamente al gobierno para no obligarlo a realizar un fuerte contraataque que no estarían en condiciones de resistir.

La fase *defensiva* se desdobla en dos momentos, la *retirada táctica* y la *contraofensiva*, con una duración sujeta a las condiciones objetivas de la situación. En el primer momento, la defensa está destinada a preservar las fuerzas que se organizan y aumentar la potencia de choque. La modelación de la aptitud combativa es el objeto principal de este tramo.

El Comité Central fija la oportunidad de lanzar la *contraofensiva*. La pérdida territorial que hubieran sufrido los revolucionarios, no tiene el valor que se le asigna en el bando opuesto. En ese momento, la *campaña* oficial suele pasar por situaciones preocupantes debido a la vitriólica agresividad paramilitar y el terrorismo, fruto de una nueva correlación de fuerzas. Es el período más inquietante de la fase *defensiva* y los comandantes gubernamentales no cesan de solicitar continuos refuerzos, especialmente si los sediciosos ponen en práctica la recomendación de Mao, que prefería "aniquilar una división enemiga antes que derrotar a diez".

La primera batalla de la *contraofensiva* tiene un significado especial porque, si es exitosa, manifiesta un efecto multiplicador positivo en las filas subversivas. En caso contrario, incita a los guerrilleros novicios a desertar, desarticulando sus unidades. El éxito insurgente causaría un repliegue de las fuerzas regulares. En ese caso, la evaluación de los combates aconsejará o no al Comité Central el lanzamiento de la segunda fase estratégica.

Durante la fase *ofensiva*, los revolucionarios buscan la victoria militar para que el Comité Central asuma el poder político del país. La fase no se iniciará a menos que los líderes políticos y paramilitares tengan una razonable certeza de triunfo. En esa ocasión intervendrán todas las fuerzas rebeldes reunidas durante la cuarta y quinta fases de la guerra ("creación de la zona liberada" e "insurrección general").

La fase *ofensiva* es terminal y no habrá más que un vencedor absoluto. Stalin lo expresaba sin rodeos, "la existencia de dos sociedades irreconciliables dentro de un mismo país es inadmisible e intolerable". Por su lado, Mao refrendaba el sadismo intrínseco de ese pensamiento, agregando "la destrucción de las fuerzas enemigas es lo principal y la preservación de las propias, lo secundario; sólo podemos conservar las nuestras destruyendo en gran número las del enemigo". La actual

dirigencia extremista islámica así parece entenderlo.

No obstante, implementar la quinta fase de la guerra subversiva es muy problemático en esta época, puesto que organizar un ejército regular demanda un cuantioso parque bélico y un avanzado servicio logístico que lo abastezca y mantenga. Por lo tanto, no es impensable la continuidad contingente de la guerra prolongada y una postergación en la fase estratégica *ofensiva*. Iraq y Afganistán ofrecen hoy una visión bastante pesimista de ese pantano insoluble.

Este riesgo ha sido advertido por algunas tendencias subversivas y la idea de propagar una revolución, imaginada por Antonio Gramsci (1891-1937) sin recurrir a la violencia paramilitar, fue desempolvada y revalorizada nuevamente. La "hegemonía del proletariado", construida con procedimientos educativos en lugar de la clásica "dictadura del proletariado", atrapa la atención de sectores insurgentes de menor potencia material por ser considerado un modo sustituto del desgaste que se registra en la etapa militar en el marco de la guerra prolongada. Pero esta es otra historia que requiere un tratamiento particular por su trascendencia. ❑

Notas:

1. Se les da ese nombre a las personas que tienen afinidad intelectual con las ideas subversivas, pero no integran las organizaciones.
2. Se denominan de este modo a los individuos y entidades que frecuentemente colaboran con la conducción subversiva, sin formar parte orgánica de las estructuras políticas.
3. Son organizaciones que fingen un desempeño independiente irreprochable, pero son auspiciadas subrepticiamente por la subversión y trabajan en contra de instituciones oficiales y la sociedad nacional.
4. Es un órgano ideo-político-militar, pero preferentemente operacional. Comúnmente, en ese Comité hay varios miembros del Central, lo cual posibilita un control cruzado entre los titulares.
5. Instituciones escolares centradas en la enseñanza del Corán, pero algunas son utilizadas veladamente para inculcar fanatismo religioso en los niños, que crecen como futuros terroristas.

El Comodoro (R) José C. D'Odorico, Fuerza Aérea Argentina (FAA), fue piloto de trasporte aéreo con más de 5 000 hrs. de vuelo, habiéndose retirado del servicio activo en 1975. Se especializó en el estudio de la guerra revolucionaria marxista-leninista y la guerra subversiva. Es autor de tres libros y más de 350 artículos profesionales, algunos de los cuales fueron publicados en *Air University Review* y *Air & Space Power Journal*. Actualmente se desempeña como Asesor de la Revista de la Escuela Superior de Guerra Aérea (RESGA).